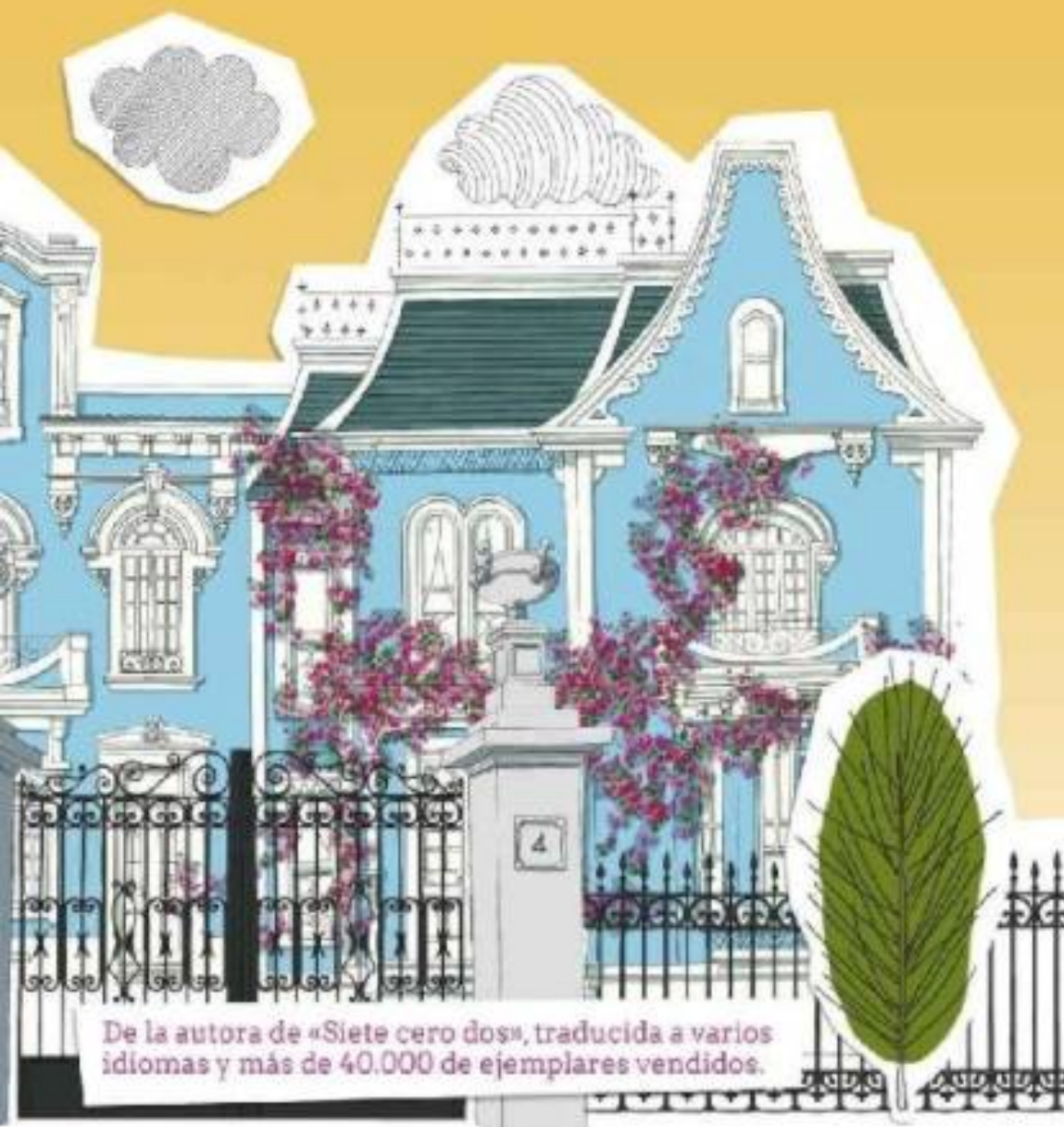


# ZOOM

Paloma Ainsa



De la autora de «Siete cero dos», traducida a varios idiomas y más de 40.000 de ejemplares vendidos.

# ZOOM

Paloma Aínsa

## PRÓLOGO

La vida da muchas vueltas. No es ningún misterio.

A veces, si tienes suerte, te permite trabajar en lo que te gusta.

En mi caso es la fotografía. Hago fotografías de todo tipo. No hay nada, en este mundo cruel que nos ha tocado vivir, que me llene más que captar esa belleza que todos llevamos dentro, ese instante en el que todo parece perfecto, ese gesto lleno de expresividad y poesía y dejar constancia de él para siempre, hacerlo inmortal.

Me encanta. Y se me da bien.

Empecé trabajando en la BBC —no, no es la cadena de televisión británica, sino la forma en la que mi padre denominaba a «Bodas, Bautizos y Comuniones»—, pero, poco a poco, fui abriéndome camino hasta que conseguí tener mi propio estudio. Un estudio grande y luminoso, con mucho cristal y paredes de ladrillo visto pintado de blanco que mi amigo Víctor me ayudó a decorar. Trabajé como *free lance* para publicaciones importantes en el mundo de la moda y en revistas del corazón. Inmortalicé a modelos, a gente de la farándula e incluso a personalidades de la política. Es posible que hayas visto una portada mía al pasar por un kiosco.

La vida, en ocasiones, puede ser aún más magnánima y, aparte de la suerte en lo laboral, también te permite casarte con el amor de tu vida. Un hombre encantador con hoyuelos en las mejillas. Uno de esos al que tus padres adoran y que aún tiene detalles espontáneos y románticos. Una de esas personas a las que crees conocer, que no tiene se-

cretos para ti después de doce años de relación y por la que pondrías la mano en el fuego sin dudar ni un segundo.

Y cuando te relajas y piensas: «soy una persona afortunada», la vida va y te lo quita todo de golpe. De la noche a la mañana, el banco se queda con tu estudio, y el marido, al que creías conocer, te sorprende con algo tan cruel, mezquino y humillante, que se convierte de un plumazo en un ser de nombre impronunciable.

Y te ves obligada a volver a casa de tus padres, sin dinero, sin trabajo, sin estudio de fotografía. Sin futuro. Y te sumerges en un túnel helado y oscuro durante mucho, mucho tiempo. Un túnel del que solo se puede salir gracias al amor de tu familia y tus amigos.

Y cuando crees que lo peor ha pasado, la vida se ríe y empieza a girar otra vez.

# CAPÍTULO 1

Me desperté en mi antigua habitación y lo primero que vi, como cada día en los últimos dieciocho meses, fueron los posters de Take That que me acompañaron en mi adolescencia y que, por alguna extraña y melancólica razón, me resistía a quitar de las paredes, a pesar de lo mucho que me fastidiaba la sonrisa —antes enigmática y ahora irónica— de Robbie Williams.

La resaca tampoco ayudaba. Últimamente, cuando me juntaba con Víctor, bebía más cerveza que Homer Simpson.

Me revolví tratando de buscar una postura decente, un rayito de sol que entraba a través de la persiana me estaba fundiendo las retinas, las tenía como lupas. Decidí que taparme la cabeza con las sábanas era la mejor solución. De hecho, me encontraba tan aislada del mundo que me pregunté si podría quedarme así eternamente. Se estaba tan bien...

Oí pasos en el pasillo, mi madre se acercaba y sabía que entraría sin llamar. Le daba miedo que tuviera una depresión «estrógena» y hubiera decidido poner fin a mi mísera existencia tomando un puñado de las pastillas de amapola de California que tomaba para dormir. Había leído en Google que era un opiáceo y ahora creía que era drogadicta. De nada servía que le explicara que las drogas duras no se vendían en herbolarios.

—Pero Maritere, ¿qué haces ahí embalsamada? ¡Pareces Tutankamon!

No esperó respuesta y se dirigió a la ventana dando grandes zancadas. El ruido de la persiana me perforó el tímpano y la luz solar invadió la habitación de tal forma,

que tuve miedo de destaparme por si quedaba reducida a un puñado de cenizas, como un cutre Drácula de serie B.

—Aquí huele a tigre, hija. Y ya tengo bastante con los pies de tu hermano. Haz el favor de levantarte, que son las nueve y media y yo no soy la criada de nadie.

Me arrancó las sábanas de un tirón sin previo aviso.

—Ay... —fue el único y lastimero sonido que conseguí emitir.

—Vas a tener que ir a comprar limones, pero no vayas a la frutería de la esquina que los tienen carísimos. ¿Cómo se les ocurre tener los limones a dos cincuenta el kilo? Con razón se acaban de comprar un adosado... —dijo mientras recogía mi ropa sucia del cesto.

Mi mente, aún regodeándose en la autocompasión, no acababa de procesar la relación entre el precio de los limones y la compra de adosados.

—¡Venga, Maritere! ¡Que tengo a tu abuela vagando a sus anchas por el pasillo!

Mi abuela tenía demencia senil. Una vez se nos escapó de casa en camisón y fue sembrando el terror entre los niños del vecindario. No podíamos dejarla mucho tiempo sin vigilancia.

—Voy, mamá... —contesté haciendo un esfuerzo sobrehumano para levantarme. Ella sonrió satisfecha por haber cumplido con su misión y me dio un beso brusco en la frente. Era su forma de decirme que me quería y que sabía que lo estaba pasando mal.

—Tíñete las raíces —dijo examinando mi pelo pajizo.

Le devolví una sonrisa débil y ella salió de la habitación de la misma forma en la que había entrado, como una fuerza de la naturaleza, como un huracán desplazándose por el Golfo de México.

\*

—Buenos días a todos —dije entrando en la cocina. Me sentía algo más animada. La ducha me había sentado bien.

—Buenos días —contestó mi padre bajando el periódico.

—Mpmhf —contestó mi hermano Juanlu, en calzoncillos y con una camiseta de Black Sabbath.

Mi abuela se limitó a observarme con una sonrisa, ya no hablaba mucho.

Me senté a la mesa e intenté robarle una galleta a mi hermano, pero tenía buenos reflejos y me dio una palmada en la mano.

—¡Au!

Mi madre, que estaba amasando un montón de carne picada para hacer albóndigas, se volvió hacia nosotros.

—¿Viniste muy tarde anoche? No te oí llegar.

—No. Solo me tomé un par de cervezas en casa de Víctor.

Ella enarcó las cejas en un gesto de suspicacia, eso de «un par de cervezas» le sonaba a eufemismo.

—Ya... —contestó mi madre meneando el mejunje rosado.

Mi hermano me miró de reojo esbozando una media sonrisita de complicidad. Tampoco se había tragado lo de las dos cervezas.

—No es por ser pesada, Maritere... —empezó mi madre.

Por experiencia, sé que cuando mi madre empieza con esa frase, el efecto de pesadez se duplica y se eleva a la enésima potencia.

—Mamá, deja de llamarme Maritere, por favor. Sabes que no lo soporto.

—Maitechu —dijo mi abuela.

—Maitechu tampoco, yaya...

—Mpmhf, mpmhf, mpmhf... —rio mi hermano.

—Son apelativos cariñosos, Maite. No le des tanta importancia —dijo mi padre, bajando el periódico de nuevo y

guiñándome un ojo.

—Como iba diciendo... —insistió mi madre, molesta por la interrupción— Ayer por la tarde me encontré con la señora Encarnita en el supermercado.

La mayoría de nuestras vecinas eran ancianas viudas que respondían a diminutivos. Estaban Encarnita, Lolita, Angelita, Teresita y Pepita. Incluso teníamos un caso extremo, Anitín. Por supuesto, me resultaba muy difícil saber a cuál de ellas se estaba refiriendo.

—Su hija Quinita... —continuó mi madre aumentando mi confusión— Tú la conoces. Es aquella chica que trabajó una temporada en la mercería que hay a dos manzanas, cerca del mercado. La que tuvo una mononucleosis de caballo, pero todo el mundo le decía que eso era solo astenia primaveral y casi acaba en el otro barrio...

Mi madre no soportaba que los demás no tuviéramos sus dotes de reconocimiento facial y memoria sobrehumana, así que insistía en darnos detalles sobre las personas para ayudarnos a recordarlas. La cosa podía prolongarse hasta el infinito, por eso la cortábamos siempre con la misma frase:

—¡Ah, sí! Ya sé quién es.

—¡Mpmhf, mpmhf, mpmhf!

Mi madre asintió y volvió a centrarse en el tema que la ocupaba.

—Bueno. Pues Quinita está de interna en una casa de La Pilarica. Bueno, casa, casa, no. Palacete más bien. Ya sabes cómo se las gastan en La Pilarica...

«La Pilarica», mote cariñoso para Nuestra Señora del Pilar, era una urbanización exclusiva que estaba muy cerca de la ciudad dormitorio en la que residíamos. Podría haber dicho «urbanización de lujo», pero eso hubiera sido quedarse corto. Las urbanizaciones de lujo eran para los nuevos ricos que hicieron pasta con la construcción, y los banqueros y gerentes de mediana empresa. Triunfadores para mí, simple chusma para la gente que residía en La Pilarica. Se en-



contraba a pocos kilómetros de Madrid y alejada del mundanal ruido. Más o menos como nosotros, pero con la diferencia de que los de Soto del Encinar no contábamos con nuestro propio club de golf, de tenis, de equitación y de rugby. Nos conformábamos con el Polideportivo Municipal y un club de petanca para los jubilados. Muchas mujeres de mi pueblo acabaron trabajando allí de internas, como era el caso de Quinita, a la que por supuesto no recordaba.

—Por lo visto, en la casa de al lado están buscando a alguien para que se ocupe de los niños. La mujer que los cuidaba está a punto de jubilarse y el padre no puede hacerse cargo de ellos. Se ve que viaja muchísimo por asuntos de trabajo.

—¿Y la madre? —pregunté.

—No tengo ni idea —respondió encogiéndose de hombros—. Solo sé lo que te he contado. Averígualo tú cuando vayas a hacer la entrevista.

—Pero mamá, ¿un trabajo de *au pair*? Yo soy fotógrafa y no tengo ninguna experiencia con niños...

—Hija, tampoco será tan difícil, digo yo... —contestó—. Yo os he criado a los dos y te aseguro que no vinisteis con manual de instrucciones.

—Maite —intervino mi padre—, no te preocupes tanto. Tú sueles gustar a los niños.

—Sí, pero no sé yo...

Carraspeó y bajó el periódico.

—Cariño, llevas tiempo buscando algo relacionado con lo tuyo y no ha habido suerte —dijo—. ¿Por qué no te lo tomas como un trabajo temporal hasta que te salga algo mejor? No decimos que tengas que dedicarte a cuidar niños eternamente, pero es una buena forma de mantenerte ocupada hasta que mejore el panorama. ¿No te parece?

No tenía ninguna duda de que a mi padre le costaba pedírmelo, lo notaba en sus ojos, había reserva en ellos. Sabía lo que opinaba de la parafernalia clasista que rodeaba a La Pilarica y, por supuesto, que trabajar allí implicaba

dar un paso atrás laboralmente, por no hablar de tener que dejar aparcadas mis esperanzas de volver a tener mi propio negocio. Aunque tal como estaba el mercado, sabía que de momento era imposible resurgir de mis cenizas. El material fotográfico —que había tenido que vender por cuatro duros en Wallapop— y el alquiler de un estudio apropiado, ahora eran cuestiones de ciencia ficción, imposibles de plantear, para empezar porque en la situación en la que me había quedado, ningún banco iba a concederme un crédito cuando ni siquiera me habían aprobado una Visa. Sin embargo, había tratado de buscar algo dentro de mi campo. Había visitado las publicaciones para las que había trabajado, enviado *portfolios*, hecho cientos de entrevistas, pero nada. Ya no querían trabajar conmigo. Los rumores de lo que me había ocurrido iban siempre por delante de mí. El «Innombrable» me había convertido en una persona tóxica.

Después de meses y meses de búsqueda infructuosa, en mi fuero interno sabía que había llegado el momento de desistir y aferrarme a cualquier oferta laboral que se presentara, pero me costaba tanto renunciar...

—Maite —continuó mi madre, que solo me llamaba así cuando se trataba de algo serio—, lo que tratamos de decir es que en casa somos muchos y no nos llega con la jubilación de tu padre y la pensión de tu abuela, hay que mover ficha.

—Lo entiendo —contesté agradeciendo que no mencionara lo que les había hecho el Innombrable—. Dile a Quinita que me pase un teléfono e iré a hacer la entrevista.

Mi madre respiró hondo, aliviada. También le había costado pedírmelo, estaba segura.

## CAPÍTULO 2

Me encanta la noche de pizza y peli, una tradición que teníamos de adolescentes y que Víctor, Virginia y yo habíamos retomado a raíz de mi traumática separación. Es como una regresión al pasado que me viene de maravilla para olvidarme de mis penurias durante unas horas. «Recuperar las antiguas buenas costumbres es vital para la salud mental», me aconsejó el psicólogo.

A pesar de los años, nuestra rutina no ha cambiado. Vamos a casa de Víctor, y discutimos sobre qué película ver. Comedia romántica —yo— versus peli *indie* que ha arrasado en el Festival de Sundance —Víctor— y Virginia, que es complaciente por naturaleza, se conforma con lo que sea. No es nada fácil encontrar un término medio, uno siempre debe ceder, pero la verdad es que al final siempre acabamos bebiendo más de la cuenta y hablando de chorradas en lugar de ver la película.

Los observé con cariño. Virginia miraba la tele abrazada a un cojín y con los pies descalzos sobre el sofá y Víctor, sin parar con el móvil, estaba sentado en una butaca carísima que rescató de la basura, restauró y mandó tapizar y que ahora podía competir sin pudor con los asientos más pijos de las revistas de decoración. Estar rodeado de cosas bonitas es su trabajo y su pasión.

Son amigos de los de verdad. De esos que no solo están para los buenos tiempos sino de los que, cuando te ven tocar fondo y quedar reducida a andrajos, ponen sus vidas y sus responsabilidades en pausa y se dedican a recomponer los pedazos que han quedado de ti. Jamás les agradeceré suficiente lo bien que se portaron conmigo en mis horas más bajas. Aunque no tengo ni la más mínima duda de

que yo hubiera hecho exactamente lo mismo por cualquiera de los dos.

Es reconfortante contar con ellos, sobre todo porque a ninguno de los tres se nos da bien el hacer amigos. Supongo que lo que nos unió fue el hecho de ser tres parias sociales de primera categoría, cada uno por diferentes motivos.

En mi caso no fue fácil adaptarme al colegio. A mi padre, funcionario de Correos, le concedieron un ascenso y nos trasladamos desde Valencia a Soto del Encinar cuando yo tenía doce años, así que me incorporé a mitad de curso y cuando todo el mundo tenía su grupo de amigos hecho. Hecho y cerrado a cal y canto. No hace falta mencionar que ser aceptado en un círculo de amistades preadolescente es más difícil que el que te admitan siendo mujer en una logia masónica, y más cuando te pasas el día lloriqueando en los servicios porque echas de menos a los amigos de tu antiguo colegio. Unos meses después, para empeorar las cosas, y tras una revisión médica rutinaria, me fue diagnosticada una escoliosis que me obligó a llevar un aparato metálico durante un par de años, el corsé de Milwaukee. Escuchar este nombre, aún hoy en día, me produce la misma sensación que oír a Hannibal Lecter decir eso de «me comí su hígado, acompañado de habas y un buen Chianti, shishishis». La incapacidad para girar la cabeza con el dichoso corsé me hacía mirar a todo el mundo de reojo, lo que me otorgó una inmerecida fama de estirada, en ambos sentidos, el literal y el metafórico. No hace falta incidir demasiado en lo que significó para mi —ya desdichada— vida social, solo añadiré que a partir de ese momento nadie volvió a dirigirse a mí como Maite, sino como «C3PO».

Ni mis llantos, ni mis amenazas de quitarme el aparato y lanzarlo al barranco más cercano, ablandaron a mis padres y el único apoyo que encontré fue el de dos personas tan marginadas como yo: Víctor, «El marica», un muchacho enclenque de voz aflautada, que solo iba con las chicas y ca-

minaba con la misma gracia y delicadeza que Nureyev bailando *El lago de los cisnes* y Virginia, «La masa», que a los trece años llegó a pesar la friolera de 80 kilos. La culpable, una madre neurótica que para no oírla se limitaba a sentarla delante de la tele y atiborrarla de bocadillos de Nutella.

Los miré. No quedaba ni rastro de aquellos marginados frente a mí.

Víctor tiene clase, una elegancia innata que, si bien había resultado algo extraña en su juventud, es ahora motivo de admiración. Prematuramente cano, destila una seguridad en sí mismo tan envolvente, que te hace girar a su alrededor como un satélite. Virginia, por su parte, se ha convertido en una mujer de figura estilizada, fruto de muchos años de esfuerzo, dietas y gimnasios que, gracias a Dios, no alteraron su carácter dulce y complaciente, aunque algo falto de autoestima. Ella no siempre puede venir a la noche de pizza y peli, tiene dos hijos, y Marcos, el mesías que la introdujo en los beneficios de una dieta equilibrada, enamorándola de paso, es un hombre posesivo que la tiene atada en corto.

—¿Quieres parar ya con el WhatsApp? —le dije a Víctor con fastidio.

Este alzó la mirada.

—Esto no es el WhatsApp —contestó volviendo a enfrascarse en su iPhone.

—Está con el Grindr —dijo Virginia.

Apoyé la cabeza en el respaldo y resoplé, indignada.

—¡La era digital ha acabado con el romanticismo! ¡Dios mío! ¡Estamos acabados! —grité hacia el techo alzando las manos con dramatismo bíblico— ¡Jane Austen se revuelve en su tumba!

—¿Hay alguna aplicación parecida para gente hetero? —preguntó Virginia.

—El Tinder —dijo Víctor abriendo mucho los ojos sin dar crédito—. No me puedo creer que no lo sepas. ¿En qué siglo vives, retrógrada?

—Hombre, no tengo por qué saberlo, no ando buscando encuentros sexuales fortuitos. Recuerda que estoy casada.

Virginia ignoró la cara de «pues buena falta te hace» de Víctor, que no soporta a Marcos.

—Y tú deberías descargarla —continuó mi amigo señalándome con el dedo—, aún no has levantado cabeza desde el Innombrable y ya es hora de que empieces a moverte.

—No pienso descargarla —contesté con mucha convicción.

—¿Y eso? —preguntó Virginia.

—Porque... —me incorporé ayudándome con el codo y los miré como si fuera Mata-Hari—, pensad por un momento que cientos de hombres a la redonda se enteran de que hay una mujer como yo disponible sexualmente en esta casa. Imaginad las hordas de machos testosterónicos aporreando la puerta como si fueran los *Walking Dead*...

—Mira, Maite —dijo Víctor dejando el móvil sobre la mesa—, no es por jorobarte la fantasía... pero ¿hordas? ¿En serio? ¿HOR-DAS?

—Víctor, el psicólogo me dijo que tenía que trabajar mi autoestima, no me lo fastidies —contesté riendo.

—Brrrrr... el psicólogo ese...

No los soporta. Había tenido que tragarse a unos cuantos. Sus padres, ambos miembros del sector más radical del Opus Dei, le habían obligado a someterse a terapia con la esperanza de «curar» su homosexualidad. Aunque los pobres psicólogos siempre se pusieron de su parte e intentaron explicar a sus padres que eso era imposible y debían aceptar su condición, aquellos años dejaron un mal recuerdo en la mente de mi amigo. Víctor siempre cuenta, bromeando, que se libró por los pelos de llevar un cilicio en el muslo dos horas al día.

—Bueno, cambiando de tema —dije—. Tengo una entrevista de trabajo mañana.

—¿En serio? —Virginia se irguió en el sofá y me miró con los ojos llenos de esperanza.

—No te emociones todavía y sobre todo —señalé a Víctor con un dedo acusador— no se os ocurra burlaros de mí.

—Ahora estoy intrigado de verdad.

Hice una pausa teatral.

—Es en La Pilarica.

Víctor parpadeó un par de veces, muy fuerte.

—¿Perdona? —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Acabas de decir La Pilarica?

Virginia también estaba sorprendida, pero su inteligencia emocional dejaba la de Víctor, que no tenía filtros sociales, a la altura del betún.

—¿Te refieres a ese sitio que tanto odiamos, plagado de aristócratas rancios, latifundistas y terratenientes?

—No seas exagerado, Víctor. Allí no queda nada de eso.

—¿Ah no? ¿Y cómo han hecho sus fortunas?

—No tengo ni idea.

—¿Cómo crees que se recompensó a los simpatizantes del Régimen por haber ayudado a mantener a este país en el ostracismo más absoluto durante 40 años?

No dije nada. Cuando se trata de política, él solo despega y no hay forma humana de interrumpirle ni de rebatirle. Te expones a un enfrentamiento dialéctico que puede dejarte hasta cicatrices. Virginia y yo habíamos acordado dejarle hablar hasta que desahogara todo su malestar producto de haberse criado en un ambiente de conservadurismo. Además, yo nunca me había preocupado por saber quién vivía en las fincas de La Pilarica y la historia y la política me producen un sopor tremendo, así que tampoco encontraba muchos argumentos para llevarle la contraria.

—¡Pues con tierras y títulos nobiliarios, para que su descendencia de chupópteros y parásitos repugnantes pudieran vivir de rentas por los siglos de los siglos!

—Amén —dijo Virginia.